

Fernando CARMONA

El desarrollo capitalista sólo puede ser desigual, anárquico, contradictorio, sobre todo si es un proceso *subordinado* como el mexicano. Pero si el concepto de desarrollo se identifica —como en general se acepta en México— con un proceso de avance hacia la *independencia económica nacional* y hacia el *bienestar de las mayorías*, entonces lo que hemos tenido durante las últimas tres décadas, periodo en que se ha agudizado la dependencia estructural y mantenido, o aun agravado, la desigualdad social, no podría considerarse como un “verdadero” desarrollo.

De lo antes expuesto se desprenden dos sectores fundamentales de problemas en el desarrollo económico actual de México. De una parte está la problemática derivada de la penetración extranjera —básicamente norteamericana— que vuelve a la economía nacional cada vez más subordinada y vulnerable. La dependencia actúa por diversas vías y da lugar a un conjunto diferenciado de problemas: a) un comercio desbalanceado, inequitativo, desfavorable, mediatizado en las exportaciones fundamentales —y en numerosas importaciones— por la acción incontrolada de oligopolios internacionales; b) desequilibradoras remesas al exterior de utilidades e intereses de la inversión extranjera directa e indirecta, e imposición de préstamos “atados”; c) el oneroso pago de regalías y transferencias de capital nacional a causa de la creciente subordinación tecnológica; d) el desplazamiento o el control de empresas otrora nacionales en la industria manufacturera, el comercio y los servicios; e) los “escapes” de capitales nacionales; f) el contrabando; g) el pago cada vez mayor de servicios extranjeros (fletes, seguros y demás); h) la “fuga de cerebros”, etcétera, sin que se pue-

dan olvidar las influencias exteriores culturales, ideológicas y políticas deformantes y negativas.

Los mecanismos de la dependencia comprenden tanto la estructura como la superestructura sociales y, por ello, la subordinación entraña la pérdida irreparable de recursos productivos que no llegan a fortalecer el proceso nacional de acumulación de capitales. Y entraña también la deformación profunda e inevitable del desarrollo posible, tanto en planos sectoriales y regionales como en la orientación misma de la estructura de la oferta y la demanda nacionales.

De otra parte está una problemática indisolublemente vinculada a la anterior y que tiene un carácter no menos estructural: la defectuosa distribución de la riqueza y el ingreso que asimismo conforma —y deforma— la estructura de la producción y del consumo nacionales: la oferta tiende a desarrollarse especialmente para satisfacer la demanda de los sectores “solventes” (incluso la exportación); el bajo nivel de vida de la mayoría actúa como freno a la producción en gran escala, etcétera.

Los factores determinantes de estos hechos son, desde luego, múltiples; pero en mi concepto éstos podrían considerarse como los más importantes: a) la cuestión agraria, que permanece sin solución para grandes sectores de campesinos subocupados, la mayoría de ellos sin tierra, en tanto que los principales recursos productivos (suelo, pastos, bosques y agua; crédito, bienes intermedios y de capital, recursos técnicos, etc.) se concentran en manos de un puñado de prósperos agricultores; b) las bajas tasas de salarios, el llamado *charrismo* y en general la insatisfactoria organización sindical y cooperativa de las masas asalariadas del campo y aun de las ciudades; c) las elevadas tasas de utilidad que se derivan de los altos coeficientes de explotación del trabajo; d) el fortalecimiento continuo de los monopolios —nacionales y extranjeros— agrícolas e industriales, y sobre todo de los comerciales y financieros; e) la reducida productividad media y el bajo crecimiento relativo de las actividades primarias y secundarias (rurales y urbanas); f) el insuficiente desenvolvimiento de los servicios públicos que favorecen a las mayorías y de las empresas e instituciones capitalistas de estado que directamente apoyan a los pequeños productores; g) la orientación del sector capitalista de estado en su conjunto, favorable a los grandes empresarios privados; h) la acción de un sistema fiscal regresivo y la excesiva protección arancelaria y comercial a los fabricantes nacionales —muchos de ellos nacionales sólo entre comillas—; i) las “facilidades” para la especulación con bienes raíces, mercancías nacionales e importadas, contratos y títulos de capital; j) la corrupción en la administración pública y en sectores privados, en los sindicatos y organizaciones campesinas y gremiales,

en los medios de difusión y en la política; k) la escasa participación e influencia del pueblo trabajador en la decisión del rumbo principal de la política económica; l) el bajo nivel educativo y tecnológico de vastos estratos sociales, etcétera.

Para acelerar el desarrollo y lograr un mejor equilibrio sectorial y regional; para superar el subdesarrollo, el subempleo, la miseria y el atraso socioeconómico, se requiere que el promotor principal del cambio y del avance hacia la independencia económica y la justicia social, sea un estado capaz de enfrentarse al imperialismo y a las clases dominantes internas para nacionalizar los sectores estratégicos de la actividad, redistribuir la riqueza en favor de las mayorías e impulsar el mejoramiento del ingreso y de los niveles educativo, tecnológico y de salud de pueblo de México. Todo esto requiere la planificación del desarrollo, no como una “técnica neutra” sino como un proceso social complejo, decisivo, que *obligue* a la nación entera, con la participación activa, conciente y entusiasta del propio pueblo.